

Sobre "cruce de caminos"

Carlos Luis Altamirano

"Cruce de caminos" es un hermoso cuento de Unamuno. La belleza y la profundidad armonizan perfectamente en este relato. Su argumento puede resumirse así: un caminante solitario, viejo ya, encuentra al borde del camino a una niña dormida. Tiempo atrás, la muerte le había arrebatado a otra niña como aquélla, que era "su raíz de vida". Y la pequeña durmiente, a su vez, se había quedado sin su querido abuelo. Por eso ella también vagaba sola. La imagen del respectivo ser amado y la del nuevo compañero, puestas la una frente a la otra, cotejadas alternativamente en el recuerdo y en el presente, corridas en el proceso comparativo desde ese instante hacia atrás y desde el más remoto pretérito hasta ese momento, remembranza tras remembranza, se interpenetran mutuamente. La compenetración espiritual de la nieta con el nuevo abuelo es asombrosa. La simpatía recíproca los une ahora:

—Iremos juntos; tú a buscar a tu abuelo; yo, a mi nieta— le dijo el caminante.

—¡Es que mi abuelo se murió!— dijo la niña.

—Volverán a la vida y al camino— contestó el viejo.

Y para que ninguno de los dos desande lo andado, ya que vienen de puntos opuestos, dejan el camino y marchan a campo traviesa. Al escuchar los relatos que hace el anciano acerca de la nieta fallecida, siente María —nombre de la niña huérfana— como si todo eso fuera algo que ya le había pasado, como si ella hubiese vivido otra vida. En un pueblito encuentran una casa abandonada y deciden vivir allí. Unos años más tarde, el amor reclama a María y la muerte al buen viejo. Esta es, a grandes rasgos, la trama del cuento.

Durante su estada en la apacible aldea, el anciano y la niña solían hablar de "los suyos, de la otra vida y de aquel otro abuelo". Y era como si "las almas de los otros (...) bajasen al arrimo de la lumbre del nuevo hogar. Y les miraban silenciosos, y eran cuatro y no dos. O más bien eran dos, más dos parejas. Y así vivían doble vida: la una, vida del cielo, vida de recuerdos, y la otra, de esperanzas en la tierra" (el subrayado es mío). Como se nota bien en las frases anteriores, Unamuno insiste en la otra vida. Y el último pensamiento del párrafo transcrito, la doble vida que vivían el viejo y la joven, confirma que Unamuno toca en este cuento un tema milenarista, aunque siempre apasionante: el de la metempsicosis. De acuerdo con esta antiquísima doctrina, el alma puede animar, sucesivamente, varios cuerpos (humanos, animales o vegetales). En la infinita sucesión de los siglos, las almas van de cuerpo en cuerpo. Por esto se afirma que transmigran. Los conocimientos adquiridos en las existencias pasadas, a menudo numerosas, no se pierden cuando ocurre el nuevo nacimiento. Según esta versión de la metempsicosis, el genio es un espíritu que, por haber vivido durante muchas vidas, cuando reencarna posee ya tal cantidad de experiencias y destrezas, que asciende fácilmente desde sus primeros años a cúspides intelectuales asombrosas inaccesibles aun para los más aptos del resto de los seres humanos. Así se explica que Mozart escribiera un minuetto a los seis años. Ilustran también este punto de vista, entre otras, figuras como Lope de Vega, como Rimbaud, como Dario. Y parece que el gran escritor nicaragüense creía en la metempsicosis. Uno de sus amigos refiere que una noche encontró a Rubén Dario temblando de miedo, presa de un pavor invencible, porque intentaba asesinarlo una extraña mujer, a la cual el poeta, siglos antes, cuando era inquisidor, había enviado a



la hoguera. Todo esto, por supuesto, debe ponerse entre signos de interrogación. El hombre actual sabe tanto sobre la vida futura como el de la Edad Media: ¡nada! Todos los días se ven los terribles efectos de la muerte. Sólo eso. Más allá de estos espantosos cuadros pintados por la muerte, nauseabundos, deprimentes, sombríos, reñidos con la belleza y el sentido de la vida, todo sigue cubierto por un extenso manto de misterio. Desde la línea divisoria entre la vida y la muerte, el hombre, por lo que cree haber visto u oído en las oscuras comarcas, deja escapar, como palomas mensajeras, bandada tras bandada de conjeturas y credos, que se pierden en la lejanía de un destino siempre incierto.

Ahora quiero hacer una exégesis sobre la singular metempsicosis de "cruce de caminos". El cuento, que se mueve en una deliberada ambigüedad, admite varias interpretaciones. Más aún: es posible efectuar un trabajo hermenéutico sin basarse en la metempsicosis, sin acudir a ella para lograr una satisfactoria intelección del relato. Tiempo atrás, en una vida anterior, antes del encuentro de los dos personajes solitarios al borde de un camino, María era la nieta del viejo errante; y la de éste fue, en ese entonces, nieta del abuelo de María, del que fallece ya en el cuento unamuniano. Muchos años después, efectuados los renacimientos de todos estos personajes, ya dentro de la historia que relata Unamuno, María vive con su nuevo abuelo y el anciano errabundo con la nieta innominada. Al ocurrir el deceso de sus respectivos compañeros, en diferentes lugares, María y el viejo quedan solos. La tristeza los impele a vagar. Así se encuentran un día a la vera de un camino. Cuando María recuerda su

vida al lado del desaparecido abuelo, también está evocando su existencia pasada junto al viejo solitario. Por eso cuando éste le refiere alguna anécdota de la nieta fallecida, María lo interrumpe con su significativo "¡lo recuerdo!".

Conviene señalar que los recuerdos de María y los del viejo errabundo, por provenir de la misma relación familiar (abuelo—nieta) y por darse este trato en circunstancias idénticas (cada hogar estuvo formado por sólo dos parientes: el mayor y el menor de la familia), tienden a entremezclarse, a fundirse, a confundirse. Además de lo anterior, no se olvide que las dos niñas —María y la innominada— fueron nietas, en el decurso de los siglos, del viejo errante. Dicho de otro modo, los dos ancianos fueron, sucesivamente y en diferentes partes, abuelos de María y los del viejo errabundo —juntos en una vida anterior, juntos ahora, cada uno sustituido de un ser querido borrado por la muerte— se an comunan. Y las dos parejas que se reúnen en la casa abandonada, cerca del fuego, son María y el caminante solitario, que están vivos, y el abuelo de María y la nieta sin nombre, ambos fallecidos, habitantes ahora del cielo, cuyas almas bajan de noche al nuevo hogar. Entre estos cuatro personajes existen múltiples reminiscencias y nexos comunes. El viejo errabundo es un vivo recuerdo del abuelo fenecido, a quien sustituye amorosamente en la crianza de María. Y ésta es una auténtica sustituta de la nieta muerta, un grato consuelo para el anciano solitario. Por eso éste, al final del cuento, cuando un mancebo solicita el amor de María, le responde a ésta:

—Volvieron al camino, si hija mía, y a él nos llama esa canción del mozo. Tú con

él, mi María; ¡yo...con ella!. Aquí el vocablo camino, sin perjuicio de su recto sentido, adquiere también el significado de esfuerzo, de brega, de lucha por no dejar inconcluso el destino personal. El camino pues, es la búsqueda de la plenitud existencial, el afán por darle pleno cumplimiento a la misión terrena. Y desde este punto de vista, al margen de la metempsicosis, es cierto que "volvieron al camino". Sin duda alguna, el abuelo y la nieta fallecidos pudieron continuar, gracias al canoso vagabundo y a María, una existencia que había quedado inconclusa. En María, creció y conoció el amor la nieta muerta; en el viejo errante, el abuelo desaparecido pudo educar a su nieta, disfrutar de su compañía y morir tranquilo, sabiendo que la dejaba casada. En efecto, volvieron al camino. El viejo caminante, para terminar de reconocerlo. María, para confortarlo durante el trecho que le faltaba por transitar y para seguir, después de la partida de su antiguo acompañante, con el nuevo compañero unidos por amor, hacia lontananzas apenas entrevistadas.

¿Cree Unamuno en la metempsicosis? Por supuesto que no. Si bien es cierto que esta doctrina supone la inmortalidad del alma, también es verdad que, en las más agudas y armónicas versiones de la metempsicosis, la inmensa cadena de transmigraciones está destinada a que el espíritu humano pierda su individualidad en una unidad divina o espiritual, llámese Dios, Nada o Nirvana. Después de las infinitas transformaciones que uno tiene a lo largo de los milenios (mendigo, sacerdote, inquisidor, guerrero, atleta, cantante, etc); después de cambiar máscaras y papeles de vida en vida durante eternidades; después de haber sufrido el asalto de todos los dolores y todas las debilidades de la carne existencia tras existencia; después de todo este asombroso fogueo en el arte de vivir; después de toda esta galaxia de vidas, el ser humano tiene entonces su preciada recompensa: pierde su identidad, su yo, su conciencia.

Si ante el espectro de la muerte Unamuno se aferra a su personalidad con uñas y dientes, sudoroso, temblando de rabia impotente; si se tortura día y noche con preguntas y conjeturas sobre el destino de su yo en el más allá, temeroso de que cambie o desaparezca del todo; si su anhelo supremo es conservar siempre su "propia identidad personal concreta", ¿cómo imaginar si quiera que don Miguel acepte que su espíritu sea una especie de palimpsesto con huellas de infinitos cuerpos, sin que ninguno sea propio? ¿Y cómo pensar que Unamuno admita, por considerarlo razonable, que ese viejo palimpsesto, después de tantos recuerdos escritos en él un día se deshaga en un poderoso disolvente llamado Nirvana o Divinidad?

Refiriéndose a la nieta y al abuelo muertos, el viejo errabundo de "Cruce de caminos" sostiene que "volverán a la vida al camino". Si se interpreta esta frase de acuerdo con la metempsicosis, significa que un día nacerán de nuevo, pero con otro cuerpo. Y es posible que, después de varios renacimientos, ya no se reconozcan entre ellos, ni en la tierra ni en el cielo. Algunos milenios más tarde, el abuelo y la nieta podrían toparse en una vuelta del camino, sin saber que antes, en un recodo de la eternidad, llevaron en las venas la misma sangre. Si leemos este pensamiento como ojos cristianos, a la luz de la Biblia y de los textos conexos, entonces expresa que los dos personajes, como todos los hombres un día resucitarán con sus propios cuerpos. Y así es posible reconocer a los amigos y parientes en la tierra o en el cielo. Sólo así adquiere sentido la inmortalidad. Entre amigos y familiares, en medio del goce que dimana del trato con ellos, entre la amistad, el amor propios del hogar, entre seres que cada cual con yo intransferible y cuerpo personal, frente a una larga cadena de recuerdos enterañados, con un extremo puesto en un nacimiento, en uno solo, y otro en una resurrección, en una sola. Cambiando continuamente de cuerpo y de personalidad, no vale la pena "volver a la vida y al camino". Y una inmortalidad en la que el yo o la conciencia individual se anega, se diluye en Lo Divino, en una paz infinita y anónima, ya para siempre sin cuerpo sin identidad personal, no es apetecible por que no sirve para nada, según Unamuno.